

Trampas de niebla

Leer es siempre el mejor de los viajes. Un buen libro te transporta en tiempo y lugar, te cambia un poquito, te hace más rico, más sabio y más curioso. Esta es la sensación que tengo siempre que leo a José Antonio Abella, autor burgalés y segoviano de adopción. La magia de sus historias es tal que te zarandea y te deja con un poso al que pasas días dando vueltas, como a los restos de un café en una taza vacía. En un país en el que la genialidad a menudo es castigada, provoca una íntima satisfacción saber que su arte y su pluma son reconocidos nacionalmente con numerosos premios.

Autor de verdaderas joyas literarias como *Yuda*, *Unas pocas palabras verdaderas*, *La sonrisa robada* o *El hombre pez*, da la sensación de que no pudiera ya superar la cumbre de su calidad literaria pero una vez más lo ha vuelto a hacer. Esta vez el viaje al que me transporta *Trampas de niebla* me emociona particularmente pues dicen que la patria de un hombre es su niñez y mi patria es Palencia.

Las historias de este libro discurren en un área geográfica que solo existe en la imaginación de su autor: Las Tierras Altas de Eliambroz y que uno va situando casi sin querer al norte de España. Pero en esa mezcla de realidad y ficción de los buenos libros empiezan a aparecer, salpicados, lugares que me tocan el corazón: pueblos palentinos. Ahí están como escenarios gloriosos de historias inventadas, parajes muy reales como Barruelo de Santullán, Brañosera, Tariego de Cerrato, Villamuriel, Paredes de Nava o Dueñas. Así que un libro que me envuelve por su sorprendente originalidad, la tensión en el relato o calidad de su literatura, despierta además mi corazón palentino. No puedo pedir más.

Uno empieza a leer *Trampas de niebla* pensando que es un libro de relatos, de cuentos cortos. No es hasta la mitad del libro que empiezas a intuir que estos relatos no son del todo independientes, empiezas a notar de ma-

MÓNICA LALANDA
(Médico, bioeticista, divulgadora
e ilustradora palentina)



Reseña *Trampas de niebla*, de José Antonio Abella (Valnera Literaria), porque es un «libro fantástico» en el que aparecen varios pueblos palentinos.

nera muy sutil que quizás haya un hilo conductor, una relación entre todas estas historias. En los relatos hay un poco de todo, amor, desamor, fidelidad, traición, muerte, vida, lobos y vacas, tesoros escondidos, torres, balas, cegueras y miseria. De manera totalmente desordenada, o eso nos hace creer, aparecen trazos de la historia de este país a lo largo de generaciones. Desde el relato de la esclavitud hasta la guerra civil, pasando por la de la Independencia o las luchas carlistas, lo que permanecen son los lazos personales de encuentros y desencuentros, los lugares y las redes para capturar pájaros que dan título al libro.

Siendo gran aficionada a la lectura de autores mágicos hispanoamericanos, no he podido evitar encontrar un paralelismo con *Cien años de soledad*. Ese extraño Macondo que hace de fondo mientras los personajes van y vienen y donde el tiempo es solo un espectador que no sigue sus reglas naturales, lo veo reflejado en Eliambroz. También en ambos libros he tenido esa extraña necesidad de volver al principio de su lectura y tejer una especie de árbol genealógico para poder entender mejor la historia completa detrás de las pequeñas historias.

Las descripciones de lo que ocurre en cada historia son tan realistas que uno casi nota el frío y la humedad, huele el humo negro o la sangre, siente el terror en sus formas más descarnadas, oye la música del órgano o entiende la brújula del amor. Es una prosa poética, muy atractiva, que parece el fruto de la descripción de lo que ve el autor y no el simple producto de lo que sale de su imaginación.

Ya con la lectura de su libro anterior, *El hombre pez*, me preguntaba cómo una persona de la Castilla profunda, sentado a su mesa en su estudio de la vieja Segovia puede describir la vida en el fondo del mar de una manera en la que te parece que tú mismo estás chapoteando entre agua salada y delfines. Y esta recién nacida obra me vuelve a sorprender. Las historias son tan creíbles que te parece estar leyéndolas como sucesos en el periódico local, quizás incluso en el *Diario Palentino* pero a la vez son tan surrealistas que te dejan sorprendido al final de cada capítulo.

José Antonio Abella es un mago contando historias quizás porque su vida profesional tiene la riqueza no solo del artista sino también del médico. La medicina y sobre todo la medicina rural, que ha sido la suya, tiene mucho que ver con oír relatos, escuchar historias vitales, entender a la gente y acompañarles en sus miserias. Pero se requiere una sensibilidad especial para escribir como lo hace este burgalés. Hace falta llegar al final del libro y cerrar su tapa para que de repente te des cuenta de que lo que has estado leyendo era una especie de puzle extraño que ya finalizado cobra un nuevo sentido. Cuando estamos en un momento en el que ya casi nada nos sorprende, tener la impresión de que el escritor ha estado haciendo malabares lingüísticos que juegan con tu mente de lector es una sensación extraordinaria.

Trampas de niebla es, pues, un libro riquísimo y aunque de contenido descriptivo, poético y complejo, es de muy fácil lectura. La división en cuentos individuales hace además que sea simple organizarse para leerlo en momentos en los que parecemos no encontrar tiempo para esas cosas que al final son las que merecen la pena, las que te llevas puestas.